

# CRITICA LITERARIA POR DOMINGO MELFI

## AGUAS ESTANCADAS

novela por Juan Modesto Castro.

Editorial La Bandera.

Santiago 1933.

**A**GUAS Estancadas", es decir, aguas cercanas a la muerte, aguas en descomposición o a punto de transformarse en ciénaga. El autor de esta novela chilena, extraordinaria, carece de antecesores literarios. Surge como un fruto espontáneo, sin nexo alguno con los corrillos o los grupos. El desconocido autor se diría que anduvo merodeando por los caminos hasta encontrar la razón y el sentido de su vida literaria. Es hijo de sí mismo, y su novela demuestra que la concepción del arte había logrado en él opulencias que no es siempre fácil encontrar entre los hombres de pluma. Primero fué un libro tímido, sin ejecutoria. **CORDILLERA ADETRON**, que pasó inadvertido, como todo lo que carece de credenciales. Una nota breve y admirativa dando cuenta de su aparición, fué lo único que subrayó su paso por el cielo de la narrativa. Juan Modesto Castro, desapareció de nuevo, como si se lo hubiera tragado la tierra o ese paisaje tan fresco y sentido que vio andando cordillera adentro.

Ahora aparece con un libro macizo. Macizo como volumen, 450 páginas, y macizo como contenido humano. Entramos con esta novela al dominio auténtico del pueblo, en la sala común del Hospital. Por la primera vez en nuestras letras, la sala común se incorpora a la vida novelesca en un documento magnífico y apasionante.

Los personajes son los enfermos, los médicos, las enfermeras, las monjas, los vigilantes y "nocheros". La vida está allí hecha por esos hombres, por las actitudes, por los diálogos, por las voces quebradas, por los lamentos, por la risa y el sarcasmo. De afuera llega la vida y llega la muerte. En el dominio rectangular, apenas unos cuantos metros, todo se mezcla y se confunde. Un trozo de la humanidad, un fragmento de la existencia desnuda, brutal y amarga de los enfermos, danza allí a lo largo de esas cuatrocientas páginas ceñidas y fuertes. El autor elimina los capítulos. De intento borra la separación convencional, porque en ese sitio no hay capítulos, no hay pausas para la muerte y para la vida que se recobra o que se destroza sobre sí misma.

El caudal de la existencia toma su curso y el lector lo sigue sin fatigarse. El lector no deja el libro para decir, como ocurre muy a menudo: "qué fatiga, qué cansancio..." No. Se hunde en ese ambiente y vive con los enfermos; escucha sus conversaciones y asiste al desarrollo de los diversos caracteres que el autor analiza con rara y poderosa maestría. Llegan unos, desaparecen otros, están allí algunos días y emprenden, o el camino de la vida o el de la muerte.

En esa sala común, la humanidad zaparrastrosa o huérfana, pierde su nombre. Lo deja en la sección estadística, y, una vez en su cama, es sólo la cifra diferenciadora. Allí están tendidos el 14, el 18, el 20, el 11, el 13, el 21. De 1 cama a otra se interrogan ellos nombrándose con el número. ¿Cómo va amanecido 18? ¿Qué tal se siente



Juan Modesto Castro

14? Todo se funde como en el cauce de la vida. Este cauce se desborda a veces como una torrenciosa o bien se remansa un instante, para despenarse de nuevo entre un turbulento y espumoso rumor de guijas, ladera abajo. El agua estancada o condenada a la inmovilidad, se revuelve sobre sí misma, en la risa o en la burla de cada enfermo, como para sentir que están acorazados contra la muerte. El humor zumbón de la raza, el chisperio socarrón del pueblo, hierven allí, en las mil facetitas del carácter. Son todos distintos, pero en todos hay la hermandad, la solidaridad del común destino. Están allí esos enfermos como encadenados al mal, pero se recobran como pueden y se consuelan unos a otros, sin-

tiéndose hermanos en el idéntico sufrimiento.

El autor traza en notas breves, en lampos fugaces, a lo largo de su admirable narración, algunos aspectos cómicos del carácter. "Llegó el carro de la puerta con un enfermo; lo llevaron a la cama 19. Debía venir grave, porque para pasarlo a ella, lo hicieron a pulso entre uno de los practicantes y el mozo. Ya se iba el carro, cuando se enderezó y dijo fuerte, dirigiéndose al que lo manejaba: Mi ropa íñol; mis tirritas... mire que no tengo más. Mañana o pasado se las traen, tienen que lavarlas. Las ojotas y el sombrero se las dejé en el cajón".

En cada rasgo que pinta el autor se siente la naturaleza de los hombres que allí se han reunido por un vaivén de la suerte. Lo admirable en esta novela es la continuidad recia de sus escenas, el firme trazado del dibujo humano. Unos hablan de su suerte mala; otros, de lo que hicieron, los de más allá, de su familia y de las aventuras que corrieron en otro tiempo. El mundo pequeño o reducido en que actuaron antes de ir a dar con sus huesos a la cama del hospital, se vierte sobre la sala en la narración de cada uno de los enfermos. A través del diálogo, sabroso en muchas ocasiones, con un hondo sentido popular, pleno de dichos y giros característicos, se siente la vida; y esta vida contada y celebrada por todos, forma la unidad tensa de la novela. Aparecen los tipos más estrafalarios, los personajes más cómicos de la fauna humana. En cada uno de ellos se descubre el rasgo esencial, la nota zumbona o triste o sarcástica.

A veces las narraciones de

algunos enfermos tienen todo el sabor de la narrativa picaresca española. Tal como es la vida así aparece en estos narradores: mezcla de alegría y de burla, de tristeza y de dolor. No faltan los oradores, los propagandistas de la revolución social, los implacables críticos que desmenuzan el programa de la vida, y lo condenan en sus injusticias y en sus abusos. Surge, a veces, la nota de la filosofía resignada de algún enfermo que se dirige a su vecino de cama; "La esperanza, compañero, le dice—es la flor de los pobres; crece en el corazón de los necesitados y oprimidos, de los que sufren amargados, y cuando la esperanza se marchita, qué negra se hace la vida". Hay la mujer enamorada que va siempre a ver a un enfermo compañero de la fábrica y le lleva frutas o dulces. Ella no ha confesado aun su amor porque sabe que el hombre conoce sus enredos con otro hombre, y entonces ella desarrolla su filosofía particular: "No se figure que me estoy haciendo la escandalizada y escondo mis actos como las beatas. Todos saben que me arranqué de la casa con un sinvergüenza que de hombre no tenía más que la parada. Cuando comprendí que pretendía explotarme, me fui. Sólo he trabajado en la fábrica en que Ud. me conoció. A Samuel lo conocí en el trabajo, y no hace un año que acepté ser su amiga. Me ha propuesto que nos casemos; yo no quiero; lo que se es mujer propia comienzan los sufrimientos; los hombres se creen amos, se ponen borrachos, mujeriegos, no dan a tiempo el dinero para la matrona, y cuando lo dan... ya es tarde! siempre queda una mal, la tisis la pesca al

primer resfriado y... para qué hablar... Si no se hace remedios se carga de chiquillos. Mejor es no casarse, una es libre, nadie la manda y se gana su vida sin que le echen en cara el pan que se come".

Es el desarrollo de una filosofía común en la mujer del pueblo, dicho así, como al desgarrar, en un lenguaje suelto y simple, como conviene al personaje. Hay infinidad de retratos al carbón, crudos, sombríos y rotundos. Una escena de agonía en la sala está hecha de mano maestra. Pero veamos el retrato del agonizante, que asoma su perfil entre las sábanas en medio del aplastante calor de ese día de verano: "En la sinuosa superficie blanca de la cama 19, un rostro seco, cubierto de sucias arrugas, la boca abierta, los ojos cerrados, sobre los labios partidos, color carne podrida, verdegueante, caminan las moscas panzudas a hartarse en un hilo de saliva que se escurre sanguinolento de la comisura izquierda. Más abajo, sobre la blancura inmóvil, dos manos negras, huesudas, de dedos cortos y nudosos en la coyuntura, muestran las callosidades de sus palmas, y cubiertas por la ropa palpitan las otras partes que sufrieron y vibraron en la vida miserable de Manuel Contreras". Después viene la escena de los rezos, el acompañamiento de todos los enfermos que ayudan a bien morir, junto con las monjas que han erigido un altar improvisado.

Juan Modesto Castro ha realizado una obra novelesca de altas proyecciones humanas. Esto es lo esencial. Allí en esas páginas palpita la naturaleza auténtica del hombre del pueblo, sin mistificaciones, sin retóricas, sin ar-

tificios. Hay quienes le tacharán su estilo desprovisto de preciosismos, su falta de elegancia retórica, los abruptos que siembran de aspereza pero que dan un carácter másculo al libro, el curso de la prosa. Nada de eso importa. Esta obra es la obra de un hombre que ha saltado solo al campo difícil de la novela y ha dado una muestra de vigor muy poco común en el estudio de la psicología de nuestro hombre del pueblo. Desde luego nótese que ha logrado mantener el interés, vivo y creciente, durante más de 400 páginas, en un ambiente reducido como es la sala común de un hospital y con elementos simples y casi esquemáticos. Ha empleado los recursos de un narrador avezado en el dominio técnico, sin que hasta ahora sepamos cuál ha sido el aprendizaje literario de este escritor. La novela **AGUAS ESTANCADAS** puede resistir fácilmente la comparación con cualquiera de las novelas americanas que hoy gozan de fama ejemplar. Porque si aquéllas entraron con su estilo y su lirismo en la profundidad de las selvas o de los llanos, ésta ha logrado penetrar en la profundidad de un mundo también desconocido y pleno de voces y figuras humanas en contraposición, dominadas por los dolores o los sufrimientos y vecinas siempre de la muerte. Pero hay algo más. Hay la gran piedad humana, que nace de eso que Dostoiévski llamaba la religión del sufrimiento. Y también el humorismo trágico. En el carácter chileno se ve claramente este dualismo que Castro ha llevado a su mejor extremo de análisis: la burlería inmóvil y la resignación fatalista. En la sala asistimos al espectáculo de un mundo pe-

queño, pero vasto en sus proyecciones. No vemos qué diferencia, sino apenas de técnica y de estilo, puede existir entre esta novela y las novelas en que los escritores americanos han querido pintar las lacras y los estertores de una raza. Castro demuestra conocer intimamente el "roto". Lo ha seguido en sus andanzas en los callejones cordilleros, en la pampa, en los caminos del sur y del centro del país. Ha convivido con él en las mismas reuniones y ha podido sorprender, como pocos, el secreto de esas vidas derrengadas, mal alimentadas sin defensa, entregadas a su propia suerte que forman el caudal sustantivo de nuestra raza. Surge de este libro, sin embargo, en las consejas que se cuentan los enfermos, en los atisbos magníficos del folklore, en los diálogos sabrosísimos, en la voluntad de que hacen gala, en las burlas y en la solidaridad que demuestran unos para otros, el orgullo de una raza aventurera pero fuerte, roída por lacras, pero siempre firme a pesar de sus sufrimientos.

Esta novela demuestra que ha surgido entre nosotros un novelista vigoroso, de grandes recursos, capaz de realizar obras magníficas. Lo decimos sin medias tintas, con la seguridad de que el tiempo no nos desmentirá. Puede haber silencios así como hay vacíos de estilo e incorrecciones en el libro. Pero él hará su camino brillante tal como lo hará el autor removiéndolo las aguas estancadas, y dando hervor humano y vida potente a los episodios y hombres que viven y penan entre la cordillera y el mar.